Las Voces del Cielo

El sol caía sobre la ciudad y tiñó el aire de tonos dorados y anaranjados. Los cables eléctricos, tensados de poste en poste, vibraban bajo el viento como si fueran cuerdas de un arpa metálica. Sobre ellos, reunidos como en un balcón elevado, diez loros multicolores se acomodaban, llenando de vida un paisaje que, de otro modo, habría sido puro hierro y ruido.

Sus plumas ardían con colores imposibles: verdes de selva húmeda, azules profundos como ríos lejanos, y rojos encendidos que parecían robados al fuego. Se miraban unos a otros, se movían inquietos, graznaban, se corregían, se interrumpían. No eran aves comunes. Eran voces del cielo.

—¡Silencio! —ordenó de pronto el loro más grande, inflando el pecho con aire de líder—. Si seguimos gritando cada uno por su lado, nadie nos va a escuchar.

—¿Escuchar? —se burló otro, ladeando la cabeza y chasqueando el pico—. ¿Y quién nos escucha aquí, entre tanto coche y tanto claxon?

—Nos escucha el viento —respondió una hembra de plumas más brillantes que las demás—. Y si el viento nos escucha, nos llevará lejos.

Los demás guardaron silencio un segundo. Pareció que esas palabras pesaban más que los ruidos de la ciudad. Pero pronto el más bromista soltó una carcajada:

—¡Bah! Lo que nos lleva lejos son las alas, no el viento.

Las risas estallaron. Uno chillaba tan fuerte que casi pierde el equilibrio, y el cable tembló con un zumbido metálico.

—¡Cuidado! —gritó el más joven, que todavía no dominaba del todo el equilibrio en los cables—. ¡Van a hacer que nos caigamos!

—Si caes, yo te agarro del ala —respondió el anciano, que observaba todo con calma desde un extremo. Sus ojos, redondos y sabios, parecían haber visto más horizontes que todos los demás juntos.

El viento sopló de nuevo. Agitó las plumas y levantó un murmullo. Los loros se acomodaron en silencio. Desde abajo, la ciudad continuaba indiferente: semáforos, pasos apurados, pregones de vendedores. Nadie notaba aquel consejo de aves reunidas en lo alto. Nadie, salvo un niño, que miraba desde la ventana de un tercer piso.

—Nos mira alguien —dijo la hembra, con un tono misterioso.
—¿Quién? —preguntó el bromista, inclinándose tanto que casi se cayó.
—Un niño —respondió ella—. Tiene los ojos abiertos como el cielo.

—Entonces cantemos —propuso el anciano, con voz grave y solemne—. Cantemos para que recuerde.

El líder infló el pecho, como si esperara ese momento desde siempre.
—Muy bien, hermanos. ¡Que empiece la música!

Al principio fue un desorden de chillidos:
—¡Kraaa!
—¡Iiiik!
—¡Guaaaak!

Pero poco a poco, las voces se fueron ordenando. Se respondían unas a otras, se imitaban, se armonizaban. El estrépito se convirtió en un coro extraño, salvaje, que parecía traer recuerdos de selva y río, de ramas antiguas que la ciudad había olvidado.

—¿Qué decimos? —preguntó el joven, sin dejar de cantar.
—Que la vida no cabe en jaulas —respondió la hembra, abriendo las alas.
—Que el hierro también puede ser rama —añadió el anciano, acariciando el cable con las garras.
—¡Que seguimos aquí! —gritó el bromista, y todos soltaron un coro de carcajadas.

El niño, abajo, entendía sin entender. No conocía el idioma de los loros, pero sabía que aquello era importante. Que esas aves no cantaban porque sí, sino porque tenían algo que decirle al mundo.

El sol atravesó un resquicio en las nubes, y de pronto los diez loros se encendieron como antorchas vivas. El cielo detrás de ellos era naranja y violeta, y parecía un telón de teatro levantado para la ocasión.

El anciano fue el primero en lanzar la nota más alta. Su grito resonó como un trueno suave. Los demás lo siguieron, y entonces el líder, con un batir de alas, gritó:
—¡Ahora!

Los diez despegaron al unísono. Los cables vibraron como si fueran cuerdas de guitarra rasgadas por una mano invisible. El aire se llenó de un torbellino rojo, verde y azul. Volaban en círculos, se cruzaban, subían y bajaban, dibujando figuras imposibles en el cielo.

El niño, fascinado, levantó la mano como si quisiera tocarlos.
—Son los guardianes del cielo… —susurró.

Los loros dieron un último giro. Desde lo alto, uno de ellos, el bromista, gritó:
—¡Escúchanos bien, pequeño! ¡El cielo siempre canta, aunque nadie lo oiga!

Luego, como una flecha multicolor, el grupo entero se lanzó hacia el horizonte, perdiéndose en el resplandor del sol poniente.

El niño permaneció en la ventana hasta que los perdió de vista. Abajo, la ciudad seguía igual: pasos, bocinas, anuncios. Pero él sabía que algo había cambiado.

JAVIER MARTÍNEZ GONZÁLEZ 77043131P

Los cables, todavía temblando, guardaban en su vibración un eco leve. Y en ese eco, aunque se apagaba lentamente, aún resonaban las voces del cielo.